

03 - La Rata Limón que Corría Bajo la Lluvia

Josel Gueta

LA RATA LIMÓN QUE CORRÍA BAJO LA LLUVIA



Capítulo 1

En una noche tormentosa, pero silenciosa, unas zapatillas desgastadas chapoteaban por las calles con pasos desesperados. Un niño sin hogar huía de su perseguidor, sin testigos aparentes. Todos estaban refugiados de la lluvia, salvo por esos dos desdichados. Al joven le decían "Lemon", pero su nombre era Lee Mont. Su apodo surgía de su actitud agria, pero también de su utilidad servil, como un limón que condimenta una ensalada: útil hasta que deja de serlo. Su pandilla, la segunda familia que había conocido, lo traicionó cuando dejó de cumplir sus expectativas. Así era la ley de la calle.

Esa noche, el agua caía implacable, golpeando su piel negra y sus ojos ámbar, como si el mismo cielo quisiera castigarlo. Fue el hambre lo que lo llevó a arriesgarse, lo que lo obligó a cometer la jugada fallida que desencadenó su desertión. Ahora, el perseguidor estaba tras él, otro peón más en la cruda iniciación de la pandilla, con la única misión de encontrarlo y ajusticiarlo de la manera en que lo hacían en las calles: a punta de plomo.

Lee corría sabiendo que esta vez no habría misericordia.

Voces y murmullos de origen desconocido atormentaban la mente del pobre desgraciado de tan solo doce años. Empapado por la fría lluvia, intentaba recordar un pasado mejor, cuando tenía un hogar. Cuando la lluvia era solo un problema que podía ver estrellarse contra los vidrios desde la comodidad de una cama. Cuando tenía una familia de verdad: su tía Debby y su primo Bobby.

Los días felices del pasado se evocaban en su mente, como si eso fuera a mantenerlo con vida, una vana esperanza que le trajo recuerdos de su antiguo hogar. Era una humilde pero acogedora casa en la periferia de la ciudad, en los barrios marginales donde nadie quería vivir. Sin embargo, ahora esos recuerdos le parecían un lujo inalcanzable.

Apenas recordaba a su madre, y su padre era solo una sombra que nunca existió en su vida. Solo estaban su tía y su primo, su verdadera familia. Debby, una mujer esforzada y humilde, trabajaba sin descanso para mantenerlos a flote. Aunque eso la mantenía fuera de casa casi todo el día, el amor era real. Por eso, la misión de Lee siempre había sido cuidar de su pequeño primo Bobby, cuatro años menor. Era lo único que tenía, su única responsabilidad.

Sintiéndose como una presa a punto de ser cazada, Lee sentía cómo los pasos de su perseguidor se acercaban cada vez más, resonando en el asfalto con un ritmo casi predatorio. La tormenta amplificaba el sonido, permitiéndole percibir cada pisada que se aproximaba, cada gota que caía

de las suelas de su cazador, justo detrás de él.

Mientras el eco de las voces y susurros resonaban en la mente angustiada de Lee, el terror de la proximidad era casi tangible. Mientras su persecución continuaba, recordó el día que cambió su vida para siempre: cuando, a regañadientes, accedió a la petición de Bobby para jugar en la calle. Era un acto inocente, algo normal entre ellos, pero un fatídico descuido marcó ese día. Bobby, distraído, cayó en una alcantarilla que habían dejado abierta por reparaciones. El grito de su primo lo paralizó de miedo, pero Lee no dudó ni un segundo: se lanzó al abismo para salvarlo.

Esa acción, ese salto, fue el inicio de una cadena de eventos que ahora lo había arrastrado hasta este momento, corriendo bajo la lluvia, con su pasado persiguiéndolo tanto como lo hacía su cazador.

El interior de la alcantarilla era oscuro y húmedo, impregnado de un hedor a descomposición y aguas estancadas que dificultaba respirar. La escasa luz del día apenas lograba iluminar el espacio, sumiendo todo en una atmósfera opresiva. Lee no tuvo que avanzar mucho antes de que el terror lo invadiera por completo. Avanzó a tientas en la oscuridad, tropezando con desechos aguados, hasta que se topó con una escena que marcaría su memoria para siempre.

En ese repugnante lugar, los primos no estaban solos. De las sombras surgió una horda de criaturas, con cuerpos mojados y brillantes moviéndose en masa como una marea oscura e imparable. Sus pequeños ojos resplandecían en la penumbra, y las largas colas desnudas se entrelazaban formando un manto viviente que parecía interminable.

Lee sintió cómo el terror lo envolvía al darse cuenta de que aquellas criaturas no estaban allí por casualidad; algo las guiaba desde el fondo. Una figura destacaba entre ellas: una entidad descomunal, de pelaje blanco como la nieve y ojos tan oscuros como la noche. Avanzaba con una autoridad inquietante, sus dientes amarillentos destellando en la oscuridad. Sus ojos abismales se clavaron en Lee con una intensidad que lo paralizó. Una mirada cargada de curiosidad siniestra y una inteligencia antinatural que lo aterrorizó profundamente.

El tiempo pareció detenerse mientras aquella entidad los observaba detenidamente, como si estuviera juzgándolos a ambos. Sin duda, tenía consciencia de sí misma. Con una calma inquietante, comenzó a acercarse, moviéndose lentamente y con precisión, como si evaluara cada gesto y reacción de los primos. Hipnotizado por su mirada penetrante, Lee se sintió incapaz de moverse, de reaccionar ante el peligro inminente.

Por su parte, Bobby lloraba desconsolado, su brazo fracturado solo incrementaba su pánico en el suelo húmedo. La criatura, que imitaba ser una rata, dio un breve vistazo al pequeño, variando su atención entre los

dos, como si estuviera tomando una decisión. Era evidente que ninguno de los dos representaba una amenaza para ella. La entidad parecía evaluar cuál de los dos primos sería su próximo objetivo, dejando claro que la decisión estaba en sus manos, o en sus garras, o en lo que fuera que tuviera.

Al ver que la mirada de la criatura se fijaba en su primo, Lee superó su parálisis. Su sentido de responsabilidad pudo con su miedo. Con un sobresalto de determinación, se lanzó hacia adelante, posicionándose entre Bobby y la entidad. El miedo lo impulsaba a actuar, y a pesar del terror paralizante, sintió un impulso feroz de proteger a su primo a toda costa.

La criatura, sorprendida por el acto valiente de Lee, vaciló un momento antes de lanzarse sobre él con una velocidad y ferocidad implacables. Todo sucedió en un parpadeo: los afilados dientes de la entidad se clavaron en la pierna de Lee. El dolor fue intenso y agudo, un estallido de agonía que atravesó su cuerpo como un relámpago. La mordida fue profunda, y el olor metálico de su propia sangre inundó sus sentidos, mezclándose con el hedor putrefacto del lugar.

El miedo se transformó en pánico desenfrenado cuando la entidad, decidida a no soltarlo, hundió sus dientes con cada vez más fuerza. Lee luchó por liberarse, pero sentía cómo su vitalidad se drenaba, dejándolo solo con dolor, terror y desesperación.

El llanto de Bobby por su primo hizo que Lee reaccionara. Con su pierna libre, logró dar una patada directa en la cara de la criatura. El impacto provocó un extraño gemido gutural que resonó en el túnel, aterrizando aún más a los niños. La entidad retrocedió, y antes de desaparecer en la oscuridad, lanzó un chillido agudo que hizo que la horda de ratas se apartara. En ese momento, Lee creyó ver en eso una mueca que parecía una sonrisa antes de desvanecerse en la húmeda penumbra, como si sintiera satisfacción por la resistencia que opuso.

Después del incidente, los recuerdos de Lee quedaron en fragmentos: ser rescatados por trabajadores, el sonido de ambulancias, suturas y vacunas. El costoso tratamiento para el brazo roto de Bobby y las vacunas contra la rabia dejaron en Lee un miedo profundo hacia los hospitales. Pero lo peor no fue el dolor físico, sino la cicatriz de la mordida, que trajo consigo una maldición. Lee empezó a escuchar voces y a creer que los animales se comunicaban con él. Perros, gatos, pájaros y ratas parecían susurrarle, atormentándolo y haciéndole sentir que se estaba volviendo loco. Cuando intentaba explicar lo que vivía, los adultos lo atribuían a cualquier cosa, menos a la verdad.

Lo más doloroso fue el cambio en su tía Debby. Abrumada por las deudas y el sufrimiento, empezó a culparlo en silencio por el accidente de Bobby.

La relación que antes era amorosa se transformó en desconfianza y resentimiento, y el hogar que solía ser cálido y acogedor se volvió frío, lleno de tensión. Lee intentó muchas veces contar lo que había sucedido con aquella criatura en la alcantarilla, pero su relato, tan extraño y aterrador, no lo eximía de la culpa de haber descuidado a Bobby, su pequeño primo, su hermano menor. Las palabras se volvieron inútiles ante el peso de lo ocurrido, y con cada intento de justificación, la distancia entre él y Debby solo aumentaba.

La desdicha de Lee llegó a tal punto que una noche, tras una intensa discusión con su tía por las voces que lo atormentaban, decidió tomar una decisión desesperada: huyó de su hogar. Incapaz de soportar el rechazo y el rencor acumulado, tomó lo poco que tenía, sus ropas y algunas pertenencias, y se aventuró a las calles, que desde ese momento serían su nuevo hogar. Las frías y despiadadas calles lo recibieron sin piedad, pero al menos allí las voces no eran las de su tía reprochándolo.

Buscando un lugar donde encajar, Lee se unió a una pandilla que lo aceptó después de iniciarlo como a tantos otros. No les importaban las extrañas historias que cargaba ni las voces que lo acosaban, solo vieron en él un mocoso escurridizo que podía ser útil. A cambio, le ofrecieron una protección momentánea, algo que, en su desesperación, Lee confundió con pertenencia. Sin embargo, pronto descubriría que esa frágil sensación de seguridad tendría un precio mucho mayor del que estaría dispuesto a pagar.

Y esta noche, lo estaba pagando.

Las calles, frías y despiadadas, se habían convertido en su refugio, pero también en su condena. Lee, agitado y con el corazón desbocado, corría bajo la tormenta, con su perseguidor acechando a la vuelta de la esquina. Las voces en su cabeza, que durante años lo atormentaron, ahora se mezclaban con la realidad, distorsionando su percepción, haciéndole dudar de cada movimiento, cada decisión.

De entre todas ellas, una resonó con más fuerza, susurrándole con insistencia: "Ven por aquí". La lluvia torrencial caía sin cesar, empañando las calles y creando un telón de fondo sombrío que amplificaba la tensión. Desesperado, Lee siguió aquella voz, creyendo que le ofrecía una salida.

La voz lo condujo hasta un callejón estrecho y cerrado, un rincón sombrío de la ciudad donde las paredes parecían cerrarse a su alrededor, atrapándolo. Al llegar al final del callejón, su corazón se hundió: no había salida. Se dio cuenta demasiado tarde de que las voces lo habían engañado, llevándolo directo a una trampa. La traición de esas guías mentales lo dejó devastado. Allí, bajo la lluvia, con el eco de sus propios pensamientos traicionándolo, Lee comprendió que estaba más solo de lo

que jamás imaginó.

El arrepentimiento y la autocompasión llenaban el corazón de Lee mientras escuchaba cómo los pasos de su perseguidor se detenían poco a poco. La persecución, que había sido frenética y aterradora, se desvaneció en el aire, dejándolo solo con la constante percusión de la lluvia sobre el pavimento. El perseguidor finalmente lo había acorralado, y el miedo que sentía era tan palpable como la presencia que lo había estado acechando.

En un acto de resignación, aceptó lo inevitable. Lentamente, se volteó para enfrentar a quien lo seguía, esperando lo peor. Pero lo que vio lo tomó por sorpresa. No era un monstruo ni una sombra etérea, sino otro chico de la calle, mayor que él, pero con una mirada cargada de malicia, un vil placer que destilaba satisfacción por haberlo atrapado. A pesar de sus similares circunstancias, Lee supo de inmediato que ellos dos no eran iguales.

Sin embargo, antes de que algo más pudiera suceder, el rostro del perseguidor se transformó. De repente, su expresión pasó de la burla al terror puro. Sus ojos se abrieron con incredulidad, y su cuerpo quedó congelado en su lugar, con la boca entreabierta. Miraba hacia arriba, como si hubiera visto algo espantoso.

Intrigado, Lee siguió la dirección de la mirada del chico y miró hacia arriba también. Lo que vio lo llenó de un terror aún mayor. En lo alto de los techos, una horda de ratas se asomaba en un inquietante silencio, sus cuerpos brillantes y sus ojos destellando en la oscuridad. Pero lo más aterrador era la sombra oscura que emergía lentamente entre ellas, una figura apenas visible, pero cuya presencia era tan imponente y perturbadora que parecía absorber toda la luz a su alrededor.

Lee sintió cómo el miedo se apoderaba de su cuerpo, recordándole aquella criatura que lo había marcado tanto tiempo atrás. La misma sensación de estar ante algo que no debía existir en este mundo lo paralizó, mientras la figura en las alturas parecía observarlos, juzgándolos desde su trono de oscuridad.

Tanto Lee como su perseguidor quedaron inmovilizados por el miedo, incapaces de apartar la vista de la figura que descendía del techo con una fluidez antinatural, como si la gravedad no tuviera efecto sobre ella. Al aterrizar en el callejón, la presencia del ser se impuso, sofocando el ambiente y limitando cualquier posibilidad de escape. El silencio se volvió abrumador, interrumpido solo por el constante caer de la lluvia.

El ser vestía una capucha de agua que llegaba hasta sus botas de goma y llevaba una máscara blanca. En la comisura de los labios de la máscara, un cierre rojo asemejaba una sonrisa, mientras que en sus cuencas oscuras resplandecían dos puntos blancos. La figura era una sombra

inquietante, y su presencia parecía absorber toda la luz y el sonido del lugar.

Cuando el ser habló, su voz profunda y resonante cortó el aire con una intensidad que parecía vibrar en las paredes del callejón.

—Cuánto tiempo, Lemon —espetó el misterioso ser—. Parece que recibiste mi mensaje.

El tono de la voz era inquietantemente familiar para Lee, pero que mencionara su apodo lo aterrizó. El perseguidor, temblando, parecía más desconcertado que nunca; su rostro pálido reflejaba la misma confusión y terror que Lee sentía. La figura mantenía una postura imponente, como si toda la oscuridad del callejón se hubiera aglutinado en ella.

Sin prestar más atención a Lee, el hombre encapuchado giró lentamente hacia el perseguidor. Con un tono que mezclaba desdén y autoridad, exclamó:

—Tú no me agradas. Veo por tus ojos que haces daño por placer, no por necesidad... lo lamento por ti.

El ser misterioso emitió un chillido desgarrador, un grito ensordecedor que hizo que Lee se tapara los oídos en un intento desesperado de protegerse. Tras el grito, el callejón quedó envuelto en un silencio opresivo. Las ratas, obedeciendo una siniestra orden, se lanzaron sobre el perseguidor en un torbellino de pelaje y colmillos, cubriéndolo en un ataque feroz. Lee, paralizado por el terror, vio el pánico en el rostro del hombre antes de ser completamente envuelto por las ratas.

El callejón quedó en silencio, con solo el sonido de la lluvia como testigo de la brutal escena. La figura del ser misterioso permaneció inmóvil, observando el caos con una calma inquietante. Lee, temblando y sin fuerzas para moverse o gritar, se sintió como una sombra en ese oscuro escenario.

En menos de un minuto, el callejón quedó inquietantemente vacío, sin rastro del perseguidor. Las ratas, satisfechas, se dispersaron en las sombras, dejando a Lee solo con la lluvia y el eco de la violencia reciente. El ser enmascarado con capucha rompió el silencio, diciendo con desdén:

—Él no tenía salvación.

Lee había presenciado tragedias y traiciones en su corta vida, pero nunca algo tan traumático y breve como lo que acababa de suceder. El espectáculo de destrucción lo dejó aturdido, incapaz de procesar lo que había visto. El miedo hacia el ser encapuchado que había orquestado todo

comenzó a dominar sus pensamientos.

Temeroso pero impulsado por la necesidad de entender, Lee preguntó con voz temblorosa:

—¿Por qué me salvaste?

El ser encapuchado, tras un largo silencio, respondió con indiferencia:

—Se me antojó hacerlo, solo eso.

Luego, con un tono más suave, agregó:

—Considéralo un favor. Parece que has pasado mucho por mi culpa.

Lee, atónito, trataba de procesar la extraña conexión entre este ser y su desdichado destino. Antes de poder formular otra pregunta, el encapuchado se le acercó y, con un gesto inesperadamente gentil, le puso una mano enguantada en la cabeza.

—Debes tener hambre y frío, Lee —dijo con un tono casi compasivo—. A dos calles de aquí hay un lugar donde puedes comer. No te preocupes por la plata, yo te invito.

El encapuchado le ofreció unos billetes, que Lee tomó en silencio, aún en shock. Antes de irse, hizo una última observación:

—Cómprate algo caliente, un sándwich o lo que sea.

Luego, mientras se disponía a ascender nuevamente hacia la azotea del edificio, desafiando las leyes de la física, exclamó:

—Oh, y veo que tu pierna está mejor. Lamento lo de esa vez.

Lee observó al encapuchado alejarse, su mente abrumada por preguntas y confusión. Pasmado en el callejón, miraba el charco que había sido su perseguidor, atormentado por la escena y aliviado de seguir con vida. El hambre le recordó su necesidad de sobrevivir, y, movido por este impulso, decidió avanzar.

Caminó por el asfalto húmedo, con el dinero del encapuchado en la mano, un recordatorio tangible de lo surrealista del encuentro. Con el corazón acelerado y la mente llena de dudas, se dirigió hacia la dirección indicada por el misterioso ser, impulsado más por la promesa de calor y comida que por cualquier otra cosa. Las luces de la ciudad se reflejaban en las calles mojadas, creando destellos y sombras que danzaban a su alrededor.

Por primera vez en mucho tiempo, Lee sintió una ligera calma.

Finalmente, Lee vio la pequeña fachada de un restaurante llamado "Onde la tía" en la esquina de una calle menos transitada. El nombre le hizo pensar en su tía Debby y en cómo estarían ella y Bobby. La tenue luz cálida que se filtraba a través de las ventanas empañadas y el aroma a comida casera lo hicieron sentir un breve alivio.

Se quedó en la entrada, temeroso de ser rechazado, observando el acogedor interior. Mesas de madera decoradas con sencillez y murmullos de conversación entre clientes creaban un ambiente de tranquilidad que contrastaba con la tormenta afuera.

Una camarera, al ver a Lee empapado, le abrió la puerta con una sonrisa. Tenía el rostro pálido y pecoso, de cabello negro recogido en un moño desordenado y sus ojos violetas, aunque cansados, irradiaban una calidez que Lee no había sentido en mucho tiempo. Llevaba un anillo con una gema amatista similar al de su tía Debby. Su tarjeta de presentación decía "Sammy".

—¿Te gustaría pasar y tomar algo caliente? —preguntó Sammy con una voz suave y acogedora.

Lee, aún en shock, se sentó en una mesa cerca de la ventana, mientras el sonido de la lluvia se convertía en un murmullo distante. Sammy le trajo una taza humeante, y él se acomodó cerca de la estufa, sintiendo cómo el calor del lugar y el té aliviaban su frío, dolor y cansancio.

Después de un momento, Lee se inclinó hacia adelante y, con una mezcla de hambre y nostalgia, le pidió a Sammy:

—¿Podría pedir un sándwich de churrasco con queso derretido? Es mi favorito.

Sammy asintió con comprensión y se dirigió a la cocina. Lee la observó con anticipación mientras se movía con agilidad. Mientras esperaba, reflexionó sobre los eventos recientes y pensó en su tía Debby, y en Bobby, preguntándose si volvería a verlos algún día. Al mirar la cicatriz en su pierna, recordó las palabras del encapuchado, pero antes de profundizar en sus pensamientos, el aroma del sándwich lo envolvió. Sammy regresó con el sándwich de churrasco con queso derretido, colocándolo frente a Lee con una sonrisa amable.

—No te preocupes por el pago, la casa invita —dijo suavemente.

Lee miró a Sammy con hambre y gratitud. Mientras comía el sándwich, cada bocado le recordaba a su familia y le proporcionaba consuelo. Con el estómago lleno y el corazón ablandado, no pudo evitar llorar. Entre

sollozos y bocados, le dijo a Sammy con voz temblorosa:

—Está rico... de verdad.

Sammy se sentó a su lado sin decir nada, tocando su hombro. Lee, sintiendo una vez más la seguridad de ser cuidado, lloró como un niño.

Finalmente, la lluvia comenzó a cesar.

Fin.